

quitan esto los de ahora. Los romanos sacaron gran ventaja de sus ideas religiosas, pues era muy raro en ellos faltar á la fidelidad en el manejo de caudales públicos por solo el respeto al juramento, mientras que entre los griegos, ni con diez escribanos, otros tantos sellos y veinte veedores, habria seguridad para un solo talento.»

En el cap. 4 habia dicho: «En donde hay la costumbre de la patria de venerar á los dioses, honrar á los padres, respetar á los ancianos, obedecer á las leyes, es una sociedad que se llama gobierno popular, si prevalece la opinion de los mas.» Asi como supone la religion introducida por las leyes y costumbre, así parece que deriva de lo mismo la moralidad de las acciones, pues dice cap. 5 ad fin.: «Cuando se han formado los vínculos sociales y se ha establecido un principio de gobierno, entonces empieza á nacer en los ánimos la idea de lo justo y honesto, y de lo que les es contrario.»

### ÉPOCA GRECO-ROMANA.

De 446 ant. de J. C. á 306 de J. C.

62. Los historiadores que florecieron en esta época son de segundo orden. Los hechos romanos ocuparon la atencion de casi todos ellos, porque fué la mas fecunda y la mas gloriosa para Roma. Habia Polibio empezado á tratar de intento y estensamente la historia de los vencedores de su país; los que le siguieron hicieron lo mismo. Tambien hemos de lamentar la pérdida de la mayor parte de sus obras; por lo que no haremos mas que indicar los nombres de algunos, sin detenernos en examinar sino las de aquellos que se han conservado.

63. CASTOR de Rodas que fué llamado el amigo de los romanos, escribió sobre los que habian obtenido el dominio del mar, entendiéndolo á los mismos. TEOFANES de Mitilene, amigo y compañero de Pompeyo hasta su última desgracia, redactó unas *Memorias* sobre este personaje. POSIDONIO de Apamea ó de Rodas continuó la historia de Polibio en una obra que tenia mas de 50 libros. JUBA hijo del rey de Numi-

dia de este nombre, escribió la de Roma desde su origen hasta la muerte de Sila. Todas estas se han perdido.

### DIODORO DE SICILIA.

54 antes de J. C.—700 de R.

64. Es difícil escribir de un asunto sobre el cual otros han escrito, porque ó debe repetirse lo mismo, ó añadir otras cosas, que no siempre están á la mano, pues las mas fáciles y obvias han sido ya empleadas por los que han precedido. Así es necesario ó presentarle bajo aspectos diferentes, ó ensancharle, ó hacer nuevas reflexiones, ó señalar distintos resultados ú otras causas, siendo la obra histórica, ó á lo menos darle un nuevo realce con la belleza del estilo y lenguaje selecto. Hasta ahora, aunque se habian formado historias bastante generales, como las de Teopompo, Eforo y Polibio, ninguno habia abrazado la universalidad de la historia; pues estas se limitaban á ciertos países ó épocas; no obstante que la de Polibio lleva el título *καθολική* ó universal.

65. DIODORO llamado de Sicilia por haber nacido en Argira, hoy *San-Filippo d' Argirone* en aquella isla, que floreció en tiempo de Julio César y Augusto, llevó á cabo una obra, para la que le pareció poco el título *universal*. Le dió el de *Biblioteca histórica*, cuya palabra indica, que no es una obra, sino una compilacion de muchas. No debe atribuirse á vanidad del autor un título de tan vasta promesa, sino á su propósito de reunir todas las noticias posibles acerca de todos los países del mundo entonces conocido. El mismo dice que empleó treinta años en componerla, y que viajó mucho en Europa, Asia y Egipto para asegurarse de ciertos hechos. De esta obra que constaba de 40 libros no quedan enteros mas que los 5 primeros, y del 11 al 21, fragmentos de los demás, de los cuales algunos bastante considerables, y los extractos de Constantino Porfirogeneto sobre las *Embajadas*, y *Virtudes y Vicios*. El autor dice en el prólogo las materias de que va á ocuparse, á saber, en los 6 primeros de los sucesos verdaderos ó fabulosos anteriores á la guerra de Troya, destinando tres para los países di-

ferentes de Grecia, y tres para las antigüedades de ella. Los once siguientes comprenden la historia de todos los pueblos, especialmente de los Egipcios, Asirios, Medos, Persas, Griegos, Romanos, Cartagineses desde la guerra de Troya hasta la muerte de Alejandro el Grande inclusive. Los 23 restantes llegan hasta las expediciones de Julio César á las islas Británicas y á la orilla derecha del Rin despues de haber conquistado gran parte de las Galias.

66. En el 1.º trata del origen del mundo, y del Egipto. En el 2.º, de Nino hasta Sardanápalo, reyes de Asiria, de los Medos, Indios, Escitas, Árabes. En el 3.º, de los Etiópes y Libios ó Africanos. En el 4.º, de la historia fabulosa de Grecia. En el 5.º, de la historia fabulosa de Sicilia y de las islas del Mediterráneo y Océano. Desde el 11 hasta el 17 inclusive de las guerras médicas hasta la muerte de Alejandro. En los 18, 19 y 20 de los sucesores de este y sus guerras hasta los preparativos de la batalla de Ipsos. En estos 10 libros enlaza Diodoro los hechos de los romanos con los de los demás pueblos particularmente griegos, en los cuales se detiene mas que en los de los romanos.

67. No siguió la costumbre de los historiadores que le habian precedido, los cuales ponen en boca de los mismos personajes arengas mas ó menos largas segun la importancia de los asuntos y el gusto del escritor. Sin embargo una que otra vez trae alguna como las que pronunciaron dos oradores en Siracusa despues de la derrota de Nicias general ateniense, cuando se discutia en la junta popular sobre lo que se haria de los prisioneros atenienses. Pero si Diodoro no gustaba de arengas, gustaba de exordios. Casi cada libro empieza con uno: véase el del 12.º; pero especialmente el de toda la obra, del cual han dicho algunos que es una bella fachada que no corresponde al edificio. Prescindiendo de esto no puede negarse que es una hermosa introduccion á una obra histórica, mayormente general, y que como pieza suelta es notable. Héle aquí algo resumido.

68. «Los hombres tienen que agradecer mucho á los historiadores por la grande utilidad que con su trabajo les acarrearán; pues habiendo costado tantas molestias y peligros á los

que hicieron la esperiencia para conocer lo que es conducente en cada cosa, nosotros nos instruimos por medio de la historia sin ninguna de estas molestias y peligros. Así se ha juzgado el mas sabio de los héroes aquel que con fortuna varia vió muchas ciudades y trató á muchos hombres. La historia general tiene además la ventaja de presentarlos á todos como unidos por un mismo vínculo, aunque hayan vivido en épocas y lugares diversos, imitando á la Providencia divina, que distribuye segun su sabiduría y bondad lo que conviene á cada una de las criaturas. Del mismo modo los que escriben la historia del linaje humano, como si fuese de una ciudad, forman como un depósito de los sucesos para la utilidad comun. Es pues cosa muy cómoda escarmentar en cabeza ajena, y no buscar lo que otros hicieron, sino imitar lo bueno que hicieron. Los consejos de los ancianos, á quienes una larga esperiencia ha hecho prudentes, son preferidos á los de los jóvenes: sin embargo los conocimientos adquiridos con la historia son superiores á los de los ancianos por la mayor copia de hechos que nos suministra. Su estudio anticipa á los jóvenes la prudencia de la edad senil; á esta se la aumenta; á los particulares los hace dignos de la administracion del estado; á los príncipes los estimula con la esperanza de una gloria inmortal á empresas arduas; hace á los guerreros mas valientes y mas decididos para sufrir cualquier peligro por la patria con la perspectiva de los elogios que les tributará la historia; aparta á los malvados de un proyecto criminal por la razon contraria. Finalmente á la fama que se alcanza por medio de ella se deben la fundacion de muchas ciudades, la promulgacion de algunos códigos de leyes, y la invencion y perfeccion de las artes y ciencias, etc.»

69. En el curso de la obra sigue Diodoro dos métodos, el etnográfico en los primeros libros, como se ha indicado, y el de analista en los restantes. Al empezar un año suele citar los cónsules romanos, y los arcontes de Atenas; y como aquellos entraban en el cargo en enero, y los arcontes á la mitad del año, causa esto alguna dificultad para la cronología. Por esta razon, y por haber sacado muchas noticias de autores antiguos no muy seguros en punto á fechas, no hay que con-

tar demasiado en los datos cronológicos de este historiador.

70. En cuanto á estilo usa generalmente el medio, que es el que corresponde á la historia. Solo cuando se ofrece algun hecho extraordinario toma calor, como cuando esplica la resistencia que hicieron los 300 hombres, apostados en el paso de las Termópilas, al ejército de Jerjes; cuando habla de los dioses se reviste tambien un poco del lenguaje poético. Los hechos no están presentados con la trabazon necesaria para la claridad, interés, é instruccion. Ciertos trozos parecen mas bien índices que relaciones históricas. Dista mucho de tener el encanto de Polibio, pues si bien de vez en cuando sazona su narracion con algunas reflexiones, por lo comun es seco y mero narrador. Muestra no obstante buen criterio cuando puede, esto es, cuando trata de sucesos que puede verificar; en cuanto á los antiguos ó fabulosos sigue á los demás.

«Todo bien pesado y examinado, dice Rollin, debe hacerse gran caso de las obras de Diodoro que han llegado á nosotros, y sentir mucho la pérdida de las otras, que hubieran derramado gran luz sobre toda la historia antigua.»

#### DIONISIO DE HALICARNASO.

20 antes de J. C. — 734 de R.

71. Siempre se cita á este autor con el nombre de su patria, de la cual se ha hablado en el capítulo de Herodoto. El mismo nos suministra las pocas noticias que tenemos de él en el prefacio de su obra *Antigüedades romanas*. Dice que era hijo de Alejandro de Halicarnaso; que fué á Roma al terminar las guerras civiles del tiempo de Augusto hácia la mitad de la Olimpiada 187, que corresponde al año 30 antes de J. C.; y que permaneció allí 22, ocupado en aprender la lengua latina, en procurarse relaciones con los sabios mas distinguidos, en conservar cuidadosamente todas las noticias que de sus conversaciones y de los autores antiguos recomendados por ellos iba reuniendo para escribir la obra citada. Nos informa tambien de los motivos que le impulsaron á emprenderla. Dejando aparte la grandeza del asunto, pues era la historia de los co-

mienzos del imperio mas grande y de mas duracion de cuantos habian existido, se proponia desimpresionar á los de su nacion sobre la equivocada idea que tenian de los romanos, á los cuales se figuraban descendientes de unos aventureros sin hogar, bárbaros, esclavos, que á fuerza de injusticias y violencias habian levantado el edificio de su vasto imperio; á los mismos que se quejaban de su mala suerte que habia hecho caer en manos de los peores de los bárbaros todo el poder, riquezas y gloria de los griegos. Dice que les hará ver, que esos tales aventureros eran nada menos que griegos, antiguos pobladores del Lacio, y que sus leyes estaban cimentadas en la justicia, y que no deben de llevar á mal el verse sujetos á un gobierno justo, ya que es una ley general dictada por la misma naturaleza, y que no se borrará nunca, que *los que valen mas manden á los que valen menos*.

72. Los muchos que habian escrito la historia del pueblo romano tanto griegos como latinos no la habian considerado bajo este punto de vista, ni se habian internado en sus antigüedades, tales como *Jerónimo Cardiano*, *Timeo de Sicilia*, *Antigono*, *Polibio*, *Sileno*, y otros innumerables entre los primeros, y *Q. Fabio* y *L. Cincio* entre los segundos, que escribieron tambien sus historias en griego. Creyó pues nuestro autor un deber el hacer conocer á sus compatriotas los altos hechos de virtud y heroismo, con que los primeros romanos ilustraron la historia de su patria, con lo que satisfacía además en parte á otro deber de gratitud por los buenos oficios que habia recibido de los habitantes de aquella capital del mundo. No puede culpársele de haber continuado en su obra ciertas tradiciones, que la sana crítica reconoce por fabulosas, pues en el mismo prefacio dice que empezará por las fábulas mas antiguas, que nadie antes de él ha tocado. Regularmente ya nota que lo que va á contar es una fábula, ó que tiene parte de fábula y de verdad, como la llegada de Hércules á Italia, y la aventura de Caco, la historia de Evandro, á quien hace hijo de Mercurio y de la ninfa Temis, que los romanos llaman Carmenta, la de Fauno, de Saturno, etc. Cuenta la de Eneas poco mas ó menos como Virgilio en su Eneida, pero añade las relaciones de otros autores, y echa sus puntas de crítico; la de

la loba con los gemelos Rómulo y Remo, y la de Numitor y Amulio, de donde lo han tomado los que han escrito posteriormente la historia romana.

73. No es posible recorrer toda esta obra: solamente diremos que muestra ella un gran trabajo de parte de su autor, y tanto mas notable cuanto que era un extranjero, que tuvo que empezar por aprender la lengua, y que se vió precisado á registrar y comparar entre sí tantos escritores griegos y latinos, informarse de las tradiciones orales, consultar los archivos, y preguntar á anticuarios y hombres sabios que por fortuna abundaban en aquel siglo. No podía prescindir de contar muchas cosas que aunque absurdas estaban autorizadas por monumentos públicos, que se conservaban religiosamente en su tiempo, como por ejemplo, la cueva en donde dicen que se escondió la loba ahuyentada por los pastores mientras tenia colgados de sus tetas á los dos niños; y unas figuras en bronce antiquísimas que representaban este hecho. La cualidad de extranjero le hacia mas independiente, y así como los autores nacionales daban regularmente crédito sin titubear á todos esos cuentos, él advierte de quien saca la noticia, y cuando no le cita, no olvida la fórmula, *dicen*.

74. No siempre está de acuerdo con ellos; por ejemplo Tito Livio cuenta tomándolo de otros, que el apellido Escévola, que llevaba una ilustre familia romana, procedía de que uno de los ascendientes habia puesto su mano sobre las ascuas encendidas de un brasero hasta quemarla enteramente por haber errado el golpe matando al secretario de Porsena en lugar de este, y nuestro autor dice que fué Mucio Cordo el que quiso matar á Porsena, y no hace ninguna mención de aquella barbaridad de la mano quemada. No solo ejerce una sana crítica en cuanto es posible para deslindar hechos tan remotos, sino que matiza su historia con reflexiones muy sensatas. Alaba la templanza y demás virtudes; admite y adora la Providencia á la que atribuye los sucesos prósperos de los romanos. Usa de una gravedad propia de historiador, y mas propia de un historiador romano: da á los personajes un lenguaje y costumbres correspondientes.

75. Promete llevar su historia hasta el principio de la pri-

mera guerra púnica, 264 años antes de J. C.: toda ella llenaba ó debia llenar 20 libros; ahora no quedan mas que once; unos dicen que se han perdido los nueve últimos; otros sospechan que no llegó á escribirlos, porque el que se titula undécimo parece mas bien una obra borroneada, que un escrito perfecto, presentando los caracteres de unos apuntes para ordenarlos despues. Llega hasta el año 312 de la fundacion de Roma, 442 años de J. C. Faltan por consiguiente 178 años.

76. Escribió además un tratado muy completo *Sobre la coordinacion de las palabras*, de la que depende en gran parte lo bello y lo agradable, que quiere no olviden los escritores. Es notable un pasaje en que esplica la pronunciacion de las letras griegas, del que parece inferirse que algunas ni se pronunciaban como ahora pronuncian los griegos modernos, ni como enseñan los Erasmistas. Está dedicado á Rufo Melicio, que tal vez será Minucio Rufo, apellido romano.

77. Siguen á este unas *Reglas sobre varias composiciones literarias*, como panegíricos, oraciones fúnebres, epitalamios, natalicios, etc.; dos tratados *Sobre la oracion figurada*, entendiendo por esta palabra no un discurso lleno de formas ó figuras en el sentido en que nosotros las tomamos, sino un modo de decir oblicuo, por el cual el orador quiere conducir á los oyentes á un fin diferente del que presentan las palabras en su natural contestura y significado: así necesita esta oracion de un cierto artificio. Cita el ejemplo de Demóstenes en el discurso de la Corona en aquel pasaje en que aconseja el modo que han de guardar los embajadores que se manden á Tebas para solicitar su alianza. Cita tambien la apología de Sócrates escrita por Platon, que muestra ser una defensa de este filósofo, pero es indirectamente una invectiva contra los atenienses. Cita tantos otros ejemplos de oradores y poetas, que prueban cuan vasta era su erudicion, y cuanta su delicadeza en hacer las aplicaciones.

78. Dos trataditos *Sobre los vicios de la oracion*. Otro *Sobre la crítica de los escritos*, en los cuales dice que debemos atender á cuatro cosas para juzgarlos, á saber, á la naturaleza en general y en particular á la del asunto, al pensamiento, al arte, y á la dición ó lenguaje.

79. *Juicio sobre los antiguos escritores griegos*, ó caracteres espresados en pocas palabras, á saber: de Homero, Hesiodo, Antímaco, Paniasis, Píndaro, Simónides, Estesícoro, Alceo, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Herodoto, Tucídides, Filisto, Jenofonte, Teopompo, Platon, Aristóteles, Lisias, Isócrates, Licurgo, Demóstenes, Esquines, Hipérides.

80. A mas de estos caracteres escribió ó se propuso escribir una crítica estensa de los principales oradores é historiadores. Parece que no llevó á cabo este proyecto, ó que se habrán perdido algunos escritos; pues en el prefacio de los oradores dice que ha escogido los mejores, tres mas antiguos, Lisias, Isócrates é Iseo, y tres mas modernos, Demóstenes, Hipérides y Esquines. Quedan Lisias, Isócrates é Iseo juzgados magistralmente. En cuanto á Demóstenes trata la cuestion de si se aprovechó de los escritos retóricos de Aristóteles, y resuelve que no, porque aun no los habia dado á luz cuando Demóstenes era ya famoso orador. Dedicó un extenso tratado para probar su admirable elocuencia, que es una obra maestra. V. núm. 75. O.

81. *Juicio sobre Dinarco*. Aunque parece que no entraba este en su plan, no obstante por haberle alabado muchos, y por haber escrito un crecido número de discursos, le dedicó un artículo, en que despues de emitir su opinion sobre su mérito, separa los apócrifos, esto es, que se le atribuian falsamente, de los legitimos. Es trabajo que prueba mucha instruccion y criterio, tratándose de un escritor ya bastante antiguo respecto de Dionisio. V. núm. 203. O.

*Juicio de Tucídides*, ó mas bien crítica, que aunque algo severa parece exacta. V. n. 20.

82. En dicho tratado *Sobre la elocuencia de Demóstenes* le compara con Tucídides, Lisias, Isócrates y Platon, para darle la preferencia. V. núm. 194. O. Y como Platon se habia granjeado el título de divino, de modo que se creia generalmente que no podia escribirse mejor de lo que él habia hecho, y por consiguiente que nadie podia aventajarle, un tal Cneo Pompeyo, que se cree seria un liberto de Pompeyo el Grande, hombre instruido, llevó á mal que se rebajase el mérito del filósofo, y así escribió una carta á DIONISIO, para que se es-

plicase, ó mejor corrigiese lo que habia adelantado respecto de Platon. Le contesta en otra muy atenta, diciéndole en sustancia, que si se hubiese propuesto publicar todos los defectos de Platon, como Zoilo, se le pudiera reprimir justamente; pero que habiendo querido hacer ver la superioridad de Demóstenes como orador y escritor, debía ponerle frente á frente de aquellos que tenian la reputacion de ser los mejores; que hallándose en este caso Isócrates y Platon, la comparacion debía hacerse entre ellos; y que citándose los pasajes de unos y otros, y dándose las razones convenientes para demostrar la inferioridad ó superioridad, no hay mas que, dejando toda prevencion, juzgar sanamente. A mas de que otros del mismo tiempo de Platon, ó mas recientes, no creyeron hacerle injuria, reprobando algunas de sus opiniones, ó maneras de espresarse.

83. De Hipérides y de Esquines no hay ningun tratado aparte. O se han perdido, ó no los escribió. Tampoco existen los que ofreció sobre los principales historiadores, si no es un corto juicio de Herodoto, Tucídides (á mas del que se ha citado n. 81), Jenofonte, Filisto y Teopompo, que se encuentra en dicha carta á Cneo Pompeyo.

84. Tiene este escritor unos exordios muy adecuados: no le omite nunca aunque sea para un pequeño tratado. El estilo es correcto, pero no llega á la pureza de los clásicos: es claro por las palabras y por los pensamientos. Abunda en noticias históricas y literarias. Es en nuestro concepto uno de los que debe tener siempre entre manos para consultarle y estudiarle el que quiera adelantar en la literatura griega. Sin haber escrito un arte tan completo como Quintiliano puede considerársele como crítico tan útil para aquella, como á este preceptista para la latina.

85. NICOLAS de Damasco, uno de los hombres mas sabios del tiempo de Augusto, y amigo de este emperador, escribió una historia universal en 148 libros, de que quedan solo fragmentos, apreciables por haberla formado de trozos de autores ahora perdidos. En uno de ellos habla del diluvio, del arca de Noé y otros hechos relativos á la historia sagrada, y añade que el arca se detuvo en una montaña de la Armenia, en don-

de se conservaron por mucho tiempo los restos. Pudo haberlo leído en el Génesis, cap. 8, v. 4. También escribió tragedias; de una de ellas, *Susana*, solo se ha conservado el título.

### FLAVIO JOSEFO.

Nac. en 37. — M. en 95 de J. C.

86. En el proemio de la *Guerra contra los judíos* nos informa este escritor que fué hijo de Matatías, hebreo de linaje, sacerdote de Jerusalem, y que al principio de ella combatió contra los romanos, y despues forzado por la necesidad tuvo que acompañarlos y hallarse en todas las acciones. Desde muy niño habia mostrado gran talento é instruccion, de modo que á los 14 años era consultado por los Pontífices, y fué el principal ornamento de la secta de los fariseos á la que pertenecía. A las 26 hizo un viaje á Roma, siendo emperador Neron. Vió allí la disposicion de los ánimos enardecidos todos contra los judíos, porque eran el único pueblo de la tierra que no quisiese someterse á las leyes y prácticas romanas, con una obstinacion tan grande, que varias veces habian protestado antes perder sus haciendas y sus vidas que sujetarse á lo que se exigia de ellos, por ejemplo, admitir las estatuas de los emperadores. Aunque los romanos eran muy tolerantes con los vencidos, y les dejaban regularmente en el goce de sus privilegios y leyes particulares, no consentian que se menguase por nada ni por nadie la autoridad del emperador que era el simbolo del poder. Asi que la resistencia en admitir sus imágenes era mirada en Roma como un acto de rebeldia. Era pues inminente la guerra. JOSEFO que gozaba de gran crédito entre los suyos queria evitarla á toda costa, porque preveía que ella traeria la ruina de su nacion. Al volver á su patria habló en este sentido á sus compatriotas, y les ponderó el poder del imperio romano; pero ellos confiando en las divisiones intestinas que entonces le aquejaban, llenos de ambicion creyeron que no solo podrian resistir á los romanos y vencerlos, sino tambien hacerse dueños de Oriente. Josefo judío antes que todo, acató la voluntad nacional; aceptó el mando de

una division y el encargo de disputar palmo á palmo el terreno á los invasores mandados por Vespasiano que todavia no era emperador. Se vió obligado á encerrarse con su gente en una ciudad fortificada llamada Jotapat donde se defendió siete semanas contra sus legiones. Entrada la ciudad á sangre y fuego, Vespasiano perdonó á Josefo que se salvó milagrosamente de la muerte. Desde entonces siguió siempre á los romanos, mereciendo de Vespasiano el honor de la ciudadanía y una pension, que le continuaron sus sucesores, dándole nuevas pruebas de su benevolencia.

87. Escribió en 7 libros la historia ya citada que mereció tal aceptacion de Tito hijo de Vespasiano, que mandó colocarla en la biblioteca pública despues de haberle impuesto su sello. Habiendo sido el autor testigo ocular, y no dejándose llevar de pasion alguna hácia los vencedores ni los vencidos, merece mucho crédito cuanto dice. La escribió en lengua de su país, esto es, siríaca; pero despues la puso en griego. En lo primero llevó la intencion de instruir á sus compatriotas que ignoraban muchas cosas de los romanos; y en lo segundo instruir á estos mismos y á los griegos sobre el estado y civilizacion de los judíos de que tenian pobrisimo concepto, considerándolos como fanáticos é ignorantes. La lectura de esta obra tiene mucho atractivo; inspira un interés aterrador hasta que llega la catástrofe. El estilo es claro, aunque alguna vez peca de redundante. Hay tambien alguna exageracion; por ejemplo, lo que dice en el lib. 3, cap. 9, á saber, que una piedra arrojada por el ariete no solo descabezó á uno que estaba junto al mismo Josefo, sino que arrojó la cabeza á tres estadios (125 pasos geométricos cada uno) de allí, como si hubiese sido arrojada por una honda. A una mujer preñada, herida con la misma máquina en el vientre, le sacó el feto, que fué á parar á medio estadio de distancia. Esta historia escrita por un judío, confirma en todas sus partes la prediccion de J. C. de que no quedaria piedra sobre piedra en Jerusalem ni en su famoso templo, pues por mas empeño que pusiera Tito, que era el que mandaba el sitio, en salvar la ciudad, los judíos parece que ponian otro tanto en que se verificara su ruina, como nota el mismo autor.

88. Escribió además las *Antigüedades del pueblo judío*, que son una especie de paráfrasis de los libros históricos de la Sagrada Escritura, completando la historia de 200 años que falta en ella desde la muerte de los Macabeos hasta la venida del Redentor. En esta obra descubre cierto cuidado en no desagradar á los gentiles con la relacion de algunos milagros obrados por Dios en favor de su pueblo; por ejemplo, nada habla de Aman curado de la lepra por Eliseo. A veces da mucha estension á lo que se dice compendiosamente en los libros sagrados, como puede verse en el lib. 4, cap. 8; ó añade hechos ó circunstancias que no tienen otro garante que su dicho; por ejemplo, varias cosas que cuenta de José en Egipto y de Salomon, y la correspondencia de este con Hiran. En lo que se ve mayormente dicho cuidado es, en que cuenta las cosas prodigiosas como mero narrador que no está convencido de la verdad de lo mismo que cuenta, y así deja á cada uno en libertad de creerlo ó no creerlo. Por esto es muy frecuente en él la fórmula: «pero sobre esto opine cada uno como quiera.» Lib. 2 ad fin. Tambien espone los oráculos divinos, como el sueño de Nabucodonosor, relativos al imperio romano, de modo que no pueda disgustar á los romanos. Para halagarlos mas cuenta los años, ó por las olimpiadas ó por los cónsules, y supone que la métrica hebrea es la misma que la griega y latina.

89. Los 20 libros de que consta esta obra llegan hasta el año 12 del reinado de Neron. En ella muestra igual nobleza de espresion, estilo sostenido, mucha imaginacion y sentimiento. Segun el parecer de S. Jerónimo, es de todos los historiadores griegos el que se acerca mas á T. Livio. Pero de todas sus obras puede decirse en general que escribió mas en buen político y egoista que en buen israelita. Lo que no puede perdonársele sobre todo, es el haber aplicado á Vespasiano los oráculos que se referian al Mesías, y el haber tomado una especie de aire de profeta. Así dice Suetonio Tranquilo *in Vesp. c. 5*, que Josefo, uno de los mas ilustres prisioneros de Vespasiano, le aseguró que pronto recobraría la libertad, y que cuando esto se verificase seria ya él emperador. Transcurrieron dos años: Vespasiano fué declarado emperador. Jo-

sefo obtuvo su libertad, y en agradecimiento á su bienhechor tomó el sobrenombre Flavio que era el de la familia de Vespasiano, y vivió en adelante siempre en la corte.

90. En el lib. 18, cap. 3, de esta obra hay un pasaje relativo á J. C. sobre el cual disputan mucho los críticos, pareciendo á unos que es auténtico, y á otros que fué añadido al texto. Puede verse sobre esta cuestion á Huet, *Mem. evang. prop. 3*, núm. 11.

Las demás obras son:

*Dos libros contra Apion*, gramático alejandrino, gran enemigo de los judíos, muy apreciados especialmente por ciertos trozos de historiadores antiguos, conservados en ellos.

*Vida de Flavio Josefo*, que forma el complemento de la guerra de la Judea.

*De los Macabeos, ó del imperio de la razon*. Se hace grande elogio de la elocuencia de este tratado que se halla en algunas ediciones de la Biblia como el libro 4.º de los Macabeos, pero se duda de su autenticidad.

91. Los siete libros *De las guerras de los judíos, y destruccion de Jerusalem y del templo*, fueron traducidos al castellano por Juan Martin Cordero. Se hallan impresos en Madrid por Gregorio Rodriguez, año de 1657.

El cronista Alfonso de Palencia tradujo todas las obras de Josefo, y las dedicó á la Reina Católica.

#### PLUTARCO.

Nac. en 50. — M. en 110 de J. C.

92. Nació en Queronea ciudad de Beocia, en donde desempeñó muchos años el sacerdocio de Apolo. No están muy acordados los autores en las noticias biográficas. Quien supone que estudió con Amonio la filosofía en Alejandría, quien en Atenas. Tal vez la estudió en ambas ciudades, pues Amonio se trasladó últimamente á Atenas. Unos le hacen preceptor de Trajano, otros de Adriano, otros de ninguno de estos dos emperadores. Suidas le da el consulado bajo el último, otros niegan que haya sido cónsul. Lo que al parecer no admite